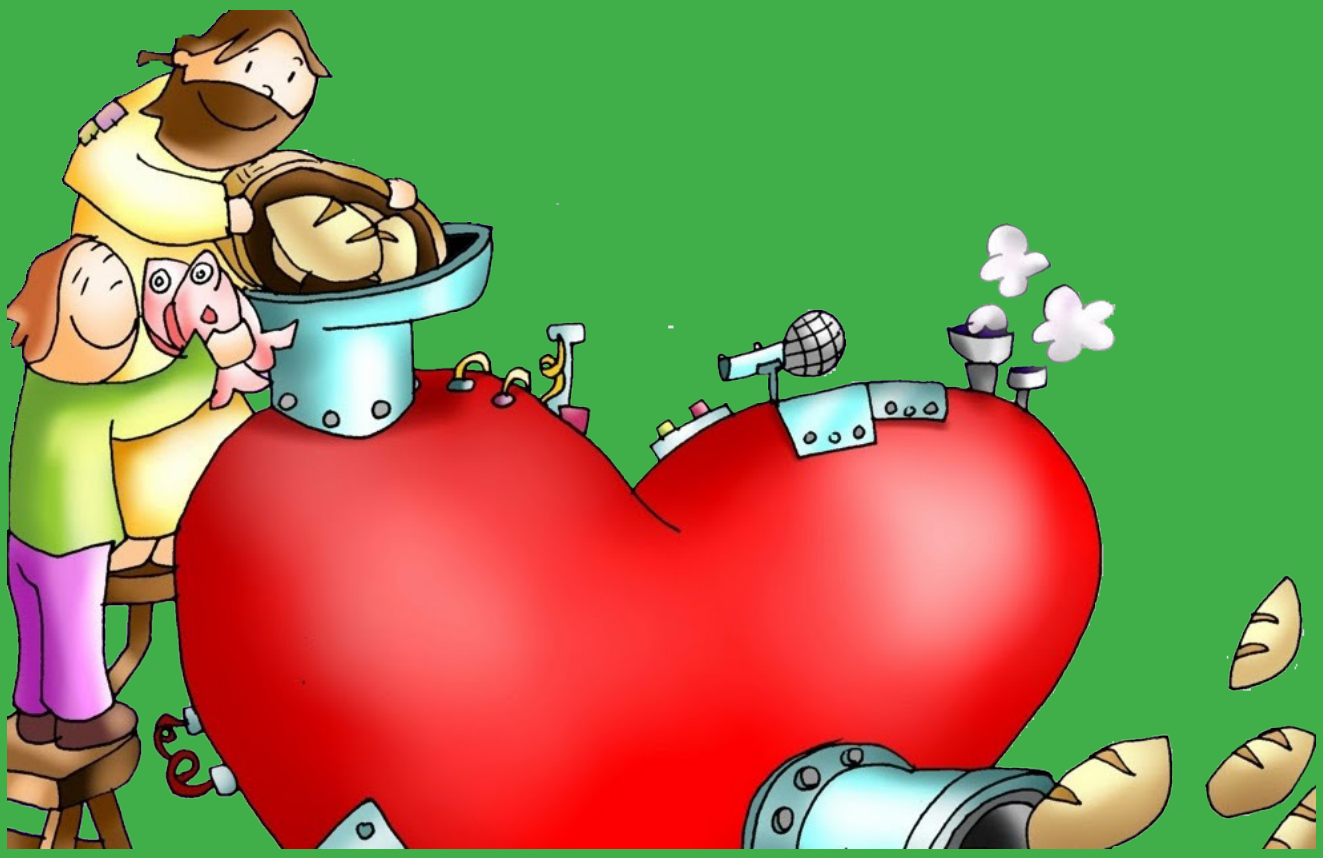
DaBaR



Ciclo A

nº 43

2 de agosto de 2026
18º Domingo Ordinario

Año LII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.

Índice

Primera Página
Exégesis
Notas para la Homilía
Para la oración
La misa de hoy
Cantos
Dios habla

Primera Página

“Dadles vosotros de comer”

Muchos milagros hizo Jesús durante sus años de predicación. Cuando era pequeña, en el colegio, nos explicaban la historia sagrada insistiendo en que la cuestión de los milagros era algo así como marketing, intermedios en la pastoral para entretener, fijar la atención en Jesús y demostrar su poderío. Estábamos más atentas al tema de la magia potagia que a otras cuestiones como el seguimiento, el compromiso, la realización del Reino o la Resurrección.

Estoy convencida de que muchas de las bajas como creyentes de personas de mi generación se deben a la torpeza radical de todo ese razonamiento. Hasta que empecé a recibir formación más seria y fundamentada en las Escrituras, no pude asomarme al hecho de que todos, absolutamente todos los milagros de Jesús se originan en una situación de injusticia, discriminación, enfermedad o miseria. Jesús no es nunca el protomago que intenta arrastrar a las masas por encanto, ilusión o popularidad.

Vive junto a su pueblo, participa de su dolor, siente lástima por los que sufren. Las curaciones de Jesús no se refieren a enfermedades graves por sí mismas; cura a los que sufren dolencias que acarrean discriminación, estigma social o vergüenza. Entre los judíos, las enfermedades de la piel y las que conllevaban hemorragias eran signo de pecado. La ceguera era herencia de padres pecadores. La pérdida del marido y los hijos condenaba a las viudas a la miseria, por la falta de un varón que llevara el pan a su casa. Él intervenía en esos casos, que le parecían de flagrante injusticia. No hacía magia. Buscaba subvertir las normas judías que ponían a unas personas por debajo de otras. Que culpabilizaban a los enfermos y pobres de sus desgracias y les impedían cualquier tipo de redención.

Jesús pide todos los días a su Padre “Danos hoy nuestro pan de cada día” Sabe que Dios quiere que todos sus hijos tengan pan, puedan comprarlo o no. Los discípulos piensan en comprar pan para todos. Jesús propone compartir lo que haya, seguro de que la bondad de su Padre lo hará llegar a todos.

En este presente que vivimos nos sale en seguida la solución que propusieron los discípulos: que vayan y se lo compren. Jesús nos propone algo más atrevido: dadles vosotros de comer. Mandato que no estamos tomándonos nada en serio. Como dice K. Rahner, confundimos el mandato de fraternidad con “un egoísmo vividor que sabe comportarse muy decentemente”.

El problema global del hambre se encuadra en el problema particular de cada persona que busca un futuro digno para sí y para sus hijos. La carencia mundial de cualquiera de los bienes que nos hacen humanos y cuya falta nos descorazona (comida, salud, enseñanza, compañía, belleza, música, etc.) no se arregla considerándolos bienes escasos que hay que repartir con cuentagotas. Todos los bienes de la vida son de todas las personas. Si el primer mundo fue capaz de establecer estructuras de producción y distribución que dejan fuera del reparto a la mayor parte de la humanidad, ya estamos tardando en desarrollar las que han de arreglar todo eso. Empezando por promover el cambio en las mentes y los corazones, en las miradas, para no pensar en “ellos” como “los que vienen a quitarnos” y en “nosotros” como “los legítimos propietarios de todo lo que crece sobre la tierra” No es así, por mucho que nos empeñemos. Los europeos nos hemos movido, a través de la Historia, cada vez que hemos deseado mejorar nuestras condiciones de vida. No llevamos todo el tiempo aquí. Vinimos de muchos sitios. Fuimos los extranjeros. Fuimos acogidos. Acojamos. Compartamos, que sólo así habrá para todos.

Aurora Gonzalo
aurora@dabar.es

Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. Estos versículos del Deutero-Isaías compuestos en el crepúsculo del exilio babilónico (c 540 a. C.), con un pueblo que lleva décadas lejos de Jerusalén, la tierra prometida y el Templo. Con la llegada de Ciro, el persa, el panorama cambia y este capítulo es un cántico de invitación universal que cierra el bloque del Deutero-Isaías. Un tono festivo, casi eucarístico, en el que Dios convoca a un banquete gratuito, desafiando la lógica del mérito y el comercio. Estos versículos son una proclamación profética con forma de oráculo de salvación estructurados como un pregón (el texto litúrgico omite los vv. 4-5 que hablan de David como testigo para los pueblos.

Texto. El primer versículo es una invitación universal y gratuita. El "Eh", "Oíd", "Vamos", es una partícula que normalmente introduce una amenaza, pero aquí es un clamor gozoso. El profeta no solo se refiere a la sed física, también a la sed de Dios, de sentido, de justicia. El agua, la leche y el vino son signos de abundancia y festividad, resaltando la alegría mesiánica (vino) y la pureza de la alianza (leche). Dios ofrece lo más valioso como un don absolutamente gratuito. En un mundo donde todo tiene precio, la salvación es un regalo. Es el escándalo del Evangelio anticipado, en una cultura babilónica donde no había "sin dinero".

El contraste entre lo falso y lo verdadero viene marcado en el segundo versículo. El profeta denuncia ídolos y falsas seguridades que el pueblo persiguió en el exilio: dioses extranjeros, alianzas políticas, riquezas ilusorias. "Lo que no es pan" es una metáfora de las realidades que prometen vida, pero no la dan. El pueblo ha invertido su existencia en productos caducos. La alternativa es escuchar atentamente a Dios, un infinitivo absoluto que enfatiza la acción. Escuchar es el acto fundamental de la alianza (cfr. Shemá Israel, Dt 6, 4). El que escucha a Dios recibe "lo bueno", que no es otra cosa que una relación. La "abundancia" evoca los banquetes de paz en el Templo.

El imperativo "inclinad", del versículo tercero, sugiere un movimiento activo de todo el cuerpo. El oído no es pasivo; es el órgano de la obediencia que genera vida. La promesa central es la escucha no produce información, sino vida eterna en germen. La "alianza eterna" sin las condiciones de las alianzas sinaíticas, que define como las "misericordias firmes de David". Es el amor leal (hesed), gratuito, fiel a la alianza que Dios mostró a David (cfr. 2Sam 7). La promesa davídica ahora se universaliza y se ofrece a todo el pueblo, porque Cristo, el Hijo de David, será la encarnación de ese amor leal (hesed).

Pretexto. Dios nos convoca a un banquete gratuito, donde el único requisito es tener hambre y sed. Y vivimos en un mundo que sigue teniendo sed, sed de agua potable, sed de sentido en nuestras sociedades hiperconectadas pero huérfanas de trascendencia, sed de justicia porque persisten los escándalos de corrupción, desigualdad y abuso.

El profeta nos invita a acoger la gratuidad absoluta de Dios, porque la salvación no se compra. Cristo se da por puro amor. ¿Vivimos nuestra fe como un regalo o como un esfuerzo agotador por merecer? El "sin dinero" nos libera de la ansiedad del perfeccionismo religioso. Dios reorienta nuestra sed, porque la sed no es mala, solo que hay que tener sed de escucha, de silencio, "El dinero no debe ser el centro de la Iglesia. La Iglesia es un hospital de campaña, donde la primera medicina es la ternura" (Francisco, diciembre 2023).

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

Con un himno de triunfo pone fin Pablo a la sección central de la carta (8,31-39). El cristiano se puede ver amenazado por mil peligros, pero debe confiar en que al final llegará el triunfo. Y eso será así porque el amor de Dios en Cristo todo lo puede.

El cristiano sabe que Dios está de su parte en el plan de salvación. Este ya se ha pronunciado a nuestro favor. El que entregó a la muerte a su hijo por todos nosotros, nos dará todo por él y nadie podrá condenarnos.

Aquí empalma en v. 35 ("¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo?"). Es el amor que Cristo nos tiene. Nada puede hacer que el cristiano olvide el amor que Cristo le tiene, por muy mal que le vaya. Todo lo que pone trabas a este amor queda fuera: tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada. Todas estas dificultades que tienen los cristianos en su vida diaria no son suficientes para separarnos de ese amor. Hemos pasado de la esclavitud del pecado a la libertad de los hijos de Dios.

Todos estos peligros y pruebas no quitan nuestra confianza en Cristo ni el amor que él nos tiene. El cristiano sabe que Cristo lo ama y que puede salir triunfante en su lucha (v. 37). Y, seguidamente, Pablo va nombrando una serie de fuerzas que en la antigüedad se consideraban contrarias al hombre. Ya se habían citado dos clases de obstáculos que se oponían al amor de Cristo (8,33-34: ¿Quién acusará o condenará a los elegidos por Dios?; 8,35-37: ¿Quién nos separará del amor de Dios?). Aquí se presenta un tercer obstáculo que viene dado en una enumeración algo retórica. Recoge expresiones astrológicas de su tiempo y fuerzas que los antiguos pensaban que eran hostiles a la humanidad. Ángeles, principados, potestades, espíritus de diferente categoría. Nada de esto va a hacer que el cristiano se separe de Cristo (v. 38). "Ni lo de arriba ni lo de abajo" nos separará. Incluso ninguna fuerza astrológica será capaz porque el amor de Dios manifestado en Cristo es el fundamento de la vida y esperanza cristiana (v. 39).

No se deben tomar estas expresiones como una descripción detallada del mundo sobrenatural, sino que sirven para resaltar que nada es capaz de separar a los cristianos de Cristo.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

La multiplicación de los panes y los peces es el único milagro narrado por los cuatro evangelistas. Mateo lo sitúa tras la muerte del Bautista (14, 1-12), cuando Jesús se retira a un lugar desierto, pero la multitud lo sigue y Jesús se apiada de ellos. Una retirada estratégica ante el peligro (cfr. 2, 14.22; 4, 12; 12, 15). No es cobardía, es la sabiduría del Siervo de Yahvé. Mateo, al situar la multiplicación de los panes y los peces en un lugar desierto, está evocando el Éxodo: el lugar de la prueba para Israel, pero también del maná (Ex 16); lugar de encuentro con Dios (Os 2, 16). La multitud sigue a Jesús a pie, rodeando el lago, seguramente cerca de Betsaida (según Lucas, 9, 10).

Texto

El hecho de que Jesús se retire tras conocer la noticia muerte de Juan sugiere duelo, aunque Mateo no señale el dolor de Jesús por el hecho. En Mateo es la única ocasión en la que Jesús se retira en soledad antes de un milagro. Pero la gente le sigue (v.13).

La necesidad del pueblo prima sobre la necesidad de estar solo de Jesús. Lo más profundo de Jesús se conmueve, la sede de sus sentimientos y emociones se estremece. Una compasión que mueve a la acción, a sanar a los enfermos. Mateo anticipa que el hambre de pan va unido al hambre de salud y sentido (v. 14).

Los discípulos son prácticos y realistas: ven el problema y proponen una solución, que cada uno se busque la vida, que cada uno se las arregle. Una lógica propia del individualismo y del mercado. Piden que disperse a la multitud, que la eche. La Iglesia corre la tentación de delegar los problemas materiales en el mundo y ocuparse solo de lo espiritual (v. 15).

Pero, Jesús no acepta, la necesidad de la multitud es responsabilidad de los discípulos. El imperativo "dad" es un escándalo, este es el núcleo de la Doctrina Social de la Iglesia, los cristianos no pueden desentenderse del hambre en el mundo (v. 16).

Los discípulos (prácticos) revisan sus recursos, cinco panes de cebada, pequeños, comida de pobres; y, dos peces salados, el acompañamiento habitual. Algo ridículo para esas veinte mil personas. Jesús comienza la multiplicación con un "solo tenemos…", lo que tenemos cada uno y que ponemos a su disposición es suficiente para el milagro (v. 17).

Los discípulos deben poner sus pocos recursos a disposición de Jesús, la liturgia eucarística reproduce este gesto: presentamos el vino y el pan, fruto de la tierra, de la vid y del trabajo del hermano, que recibimos de la generosidad divina y que le presentamos para que sea Cristo quien los transforme en su propio cuerpo y sangre (v. 18).

Jesús utiliza cuatro verbos eucarísticos (tomar, bendecir, partir y dar), los mismo que usa en la última cena (26, 26), pide a la gente que se recueste como en el banquete mesiánico (Sal 23, 5). La hierva evoca la primavera del Éxodo: el maná en el desierto. Y así, como judío piadoso, bendice antes de comer, elevando los ojos al cielo, pero aquí la bendición multiplica y tiene como intermediarios a los discípulos, haciéndonos ver que la Iglesia no es dueña del pan, solo su distribuidora (v. 19).

Mateo usa el mismo verbo que el usado para el maná en el desierto (Sab 16,20), "fueron saciados". No solo comieron, sino que quedaron hartos, porque la abundancia es una señal mesiánica (Am 9, 13-14). Los doce canastos representan las doce tribus, porque Dios no da con cuentagotas, sino que da en abundancia, en "overbooking". Mateo nos plantea aquí un desafío a nuestra confianza, especialmente para quienes siempre carecen de tiempo, dinero, recursos, esperanza… (v. 20).

Mateo añade el detalle del número de hombres para subrayar la magnitud de la gente. En los censos oficiales, las mujeres y los niños no contaban, pero la misericordia de Jesús incluye también a los invisible para otros. Jesús no excluye a nadie, todos son saciados (v. 21).

Pretexto

En esta sociedad en la que volvemos a encontrar a gente viviendo en las calles e, incluso, mendicidad profesionalizada, donde el hambre a retornado a niveles previos al 2000. Junto a ello, convive una sociedad más opulenta que nunca. Este evangelio viene a hablarnos de compasión, poco podemos hacer si nuestro corazón se ha endurecido tanto que no se conmueve ante las heridas de este mundo. No solo tenemos que hacer, sino que también debemos obligar a nuestros gobiernos a que cumplan con sus obligaciones de redistribución de la riqueza. Corremos el riesgo de despedir a la gente remitiéndola a Cáritas, a los comedores parroquiales, a las instituciones religiosas con ese carisma… Este evangelio nos demanda compartir lo poco que tengamos. Lo poco que pongamos a disposición de los demás, es lo que utiliza Jesús para multiplicarlo. Cada domingo repetimos los mismos gestos que Jesús hace en este milagro, y es la propia eucaristía la que nos obliga a recordar a los hambrientos. No podemos adorar a Cristo en la Eucaristía si despreciamos al pobre (S. Juan Cristóstomo).

Enrique Abad
enrique@dabar.es

Notas
para la Homilía

"Hambre de Dios"

Si miramos en el fondo de nuestros corazones, pronto nos daremos cuenta de que tenemos deseos y necesidades que no logramos cubrir en plenitud, que siempre tenemos algo de insatisfechos. Habrá quienes nos digan que eso es cuestión de la naturaleza humana, que nunca se siente saciada. Pero, esa insatisfacción, creo, tiene un origen más profundo. Esa insatisfacción hunde sus raíces en nuestra lejanía de Dios. La experiencia nos dice que aquellos períodos de satisfacción que podemos experimentar son esos en los que nos podemos sentir más cerca de Dios. Los otros, los que "parece" que estamos satisfechos, no tienen que ver con Él.

En las lecturas de hoy lo podemos ver. El llamamiento que hace Dios por boca de Isaías nos lo deja claro. Dios nos está ofreciendo todo lo que tiene y es de manera gratuita, porque lo realmente valioso no tiene precio. Pensadlo, puede que lo más valioso que tenemos, lo que todos deseamos, aunque no lo valoremos lo suficiente, es el amor. El amor de los padres, el amor de los hijos, el amor de la pareja, incluso, la amistad, que no deja de ser una manifestación de amor. Esas relaciones que no están corrompidas por intereses espúrios. Y todo ello es gratis, o si lo preferimos, no tiene precio. Sin embargo, en nuestras sociedades, que mercantilizan todo, esas cosas no están valoradas. No enseñamos a los niños a valorar eso. Por esto es por lo que después nos cuesta tanto comprender que lo que realmente sacia, lo que nos llena como seres humanos es lo que Dios nos ofrece. Ese amor que Dios nos regala.

Un amor que, como dice Pablo a los de Roma, nos ha manifestado en Jesucristo, su Hijo y Señor nuestro, que entregó su vida para hacer patente ese amor.

Jesús, como Dios, se compadece de nosotros, de los hombres, no sólo de nuestros problemas y se preocupar por los que no tienen qué comer cuando están escuchando su Palabra, sino que comparte nuestra condición humana y nuestra muerte. Como nos recuerda el mismo Pablo en el Cántico de Filipenses (Fil 2, 1-11).

Los teólogos han querido ver en esa multiplicación de panes y peces para alimentar a la multitud, la prefiguración de la eucaristía que estamos celebrando hoy. Cesáreo Gabarain tuvo la intuición de crear un canto de comunión con esta imagen, en el disco "La misa es una fiesta", para las celebraciones con niños. En esa canción imagina a un niño acercando a Jesús los panes y los peces, lo poco que tenía, para entre los dos conseguir que no hubiera hambre. La imagen es tierna, pero también significativa, y de gran hondura teológica. Enseñamos a los niños que los problemas de la humanidad se pueden solucionar con voluntad, poniendo al servicio de todos lo que tenemos, lo que somos, podemos acabar con ellos.

Si fuésemos capaces de amar con un poco del amor que Dios nos manifiesta cada día, podríamos construir el Reino que Dios nos ha prometido. Un Reino donde no haya injusticias, un Reino donde el hambre, la guerra, la discriminación, la corrupción... los grandes problemas de la humanidad solo sean un recuerdo del pasado.

Agustín Garcés
dabar@dabar.es

«Dadle vosotros de comer» (Mt 14, 16)

Para reflexionar

Nuestras vidas están marcadas por la necesidad, por el vacío. Una vida en una permanente búsqueda de sentido, que las más de las veces resulta infructuosa, porque buscamos en los lugares erróneos. Buscamos el sentido en el dinero, el poder, el dominio, el sexo... en realidades que, tras un breve instante de placer, nos dejan más vacíos. Y todos somos conscientes de que lo que realmente nos llena no es otra cosa que el amor. La verdadera emoción, la que provoca lágrimas de alegría nace del amor. El amor es lo único que colma esa búsqueda de sentido.

Jesús «ve», «se compadece». Los discípulos deciden «despedir» a la gente. Jesús dice «dadles de comer». Los discípulos «replican» a Jesús. Jesús «bendice», «parte» y «da» el pan. Conclusión: quedan «satisfechos» y «sobra».

El Papa Benedicto XVI nos recordaba: "El que está animado de una verdadera caridad es ingenioso para descubrir las causas de la miseria, para encontrar los medios y combatirla, para vencerla con intrepidez."

¿Soy intrépido? ¿Qué hago?

Para la oración

Al acercarnos hoy a la mesa de tu Palabra, te pedimos, Padre, que nunca dejes de alimentarnos con ella, para que con el amor que hay recogido en ella, cambiemos nuestros corazones y podamos amar a los demás como Tú nos amas. PJNS.

Acoge, Padre bueno, estos dones que acercamos a tu altar, como los panes y los peces, y multiplícalos transformados en la muestra de amor que nos dejaste en tu Hijo para que, al alimentarnos con ellos, nos transformen por dentro para parecernos cada día un poco más a Él.

Te damos gracias, Padre amoroso, por todo lo que haces por nosotros, pero especialmente queremos agradecerte la entrega de tu Hijo, que se hizo pan vivo para alimentar a toda la humanidad. Él se compadecío de nuestras debilidades y nos enseñó el verdadero sentido del amor. Al entregar su vida en la Cruz, nos abrió las puertas del Reino, colmándonos de todo lo que necesitamos. Él nos dejó el Espíritu Santo y fundó la Iglesia para que pudiésemos experimentar anticipadamente los dones de ese Reino que se nos dan gratuitamente. Por eso, con todos tus amigos y los que están contigo en el cielo, te cantamos...

Gracias, Padre de bondad, por habernos permitido participar del banquete de tu Palabra y de tu Pan. Concédenos que, transformados por ellos, podamos hacer realidad tu Reino en medio de nosotros, anticipando lo que disfrutaremos en tu presencia. PJNS.

Cantos

Entrada. A las fuentes de agua viva (Erdozain); Quién me separará (Kiko Argüello); Cristo nos da la libertad (Erdozain); Tú eres el Dios de los pobres (Misa campesina nicaragüense).

Salmo. LdS.

Aleluya. Del Rey León.

Ofertorio. Tuyo soy (Luis Alfredo).

Santo. 1CLN-I 3; o de Erdozain.

Comunión. Bendigamos al Señor (popular); Te conocimos, Señor, al partir el pan (Madurga), Cerca de ti, Señor (Adams y Espinosa); Un niño se te acercó (Gabarain).

Final. Hoy, Señor, te damos gracias (Gabarain). Cosas de locos (D. Poli).

La misa de hoy

Monición de entrada

Sed bienvenidos a esta celebración del amor gratuito de Dios, que se nos ofrece para darnos auténtica vida.

Saludo

Dios, Padre, que nos invita al banquete; Jesucristo, su Hijo, que se nos ofrece como pan; y, el Espíritu Santo, que nos convoca y guía a Dios, estén con todos nosotros.

Acto penitencial

Antes de participar del banquete al que hemos sido llamados, reconozcamos nuestras imperfecciones, ante Dios Padre que es perfecto.

- Tú que nos haces experimentar la auténtica gratuidad frente a nuestros egoísmos. Señor, ten piedad.

- Tú que nos sacias nuestras necesidades más profundas, mientras nosotros buscamos en lugares que no sacian. Cristo, ten piedad.

- Tú que te compadeces de todos nosotros, mientras somos incapaces de compartir lo que tenemos. Señor, ten piedad.

Dios, que puede todo, tenga piedad de nosotros y perdone nuestros pecados que cometemos por nuestra debilidad humana. PJNS.

Monición a la Primera lectura

En un oráculo de salvación, el profeta nos convoca a un banquete gratuito en el marco de un cántico de invitación universal.

Salmo Responsorial (Sal 144)

Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores.

El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas.

Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores.

Los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo; abres tú la mano, y sacias de favores a todo viviente.

Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores.

El Señor es justo en todos sus caminos, es bondadoso en todas sus acciones; cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente.

Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores.

Monición a la Segunda Lectura

Pablo nos recuerda que el amor de Cristo todo lo puede, por eso, ante cualquier amenaza o peligro, debemos tener la certeza del resultado final.

Monición a la Lectura Evangélica

Mateo recoge su versión de la multiplicación de los peces. Nos muestra a un Jesús conmovido por el dolor de haber perdido al Bautista y por el hambre de las personas que le rodean, enseñando a sus discípulos a no eludir su responsabilidad.

Oración de los fieles

Las necesidades en el mundo que nos rodea son muchas, cada día más, pidamos al Señor por todas ellas, conscientes de nuestra responsabilidad.

Respondamos: "Sacia, Señor, nuestras necesidades".

- Pidamos al Señor, por la Iglesia, para que sepa dar el alimento de interioridad que necesita toda la humanidad. Oremos.

- Pidamos también por quienes tiene la responsabilidad de gobernar y los que participan de la vida política del país, para que gestionen con integridad y principios éticos. Oremos.

- Nos acordamos de los que están padeciendo los efectos de los últimos desastres naturales, para que puedan volver a la normalidad lo antes posible. Oremos.

- Pidamos también por quienes están hartos, para que compartan lo que tienen y lo que son con los que más lo necesitan. Oremos.

- Acordémonos de quienes padecen enfermedad, soledad o necesidad de cualquier tipo, para que encuentren en los seguidores de Jesús el alivio que necesitan. Oremos.

- Alcemos nuestra voz hasta Dios por las injusticias, la guerra, la desigualdad y la maledicencia, para que el Señor nos ayude a erradicarlas de nuestros corazones. Oremos.

Escucha, Padre, nuestra oración, acógela y concédenos lo que más necesitamos, para que podamos acercarnos cada día más a Ti. PJNS.

Despedida

Nuestra labor comienza ahora, salir a la calle y vivir la alegría de compartir, de amar. Experimentar el gozo de sentirnos saciados porque Dios nos provee de todo lo que necesitamos.

Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

XVIII Domingo ordinario, 2 agosto 2026, Año LII, Ciclo A

ISAIAS 55, 1-3

Así dice el Señor: «Oíd, sedientos todos, acudid por agua, también los que no tenéis dinero: venid, comprad trigo, comed sin pagar vino y leche de balde. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta, y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos, y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Inclinad el oído, venid a mí; escuchadme, y viviréis. Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa que aseguré a David».

ROMANOS 8, 35.37-39

Hermanos: ¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?: ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Pero en todo vencemos fácilmente por Aquél que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

MATEO 14, 13-21

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de la muerte de Juan, el Bautista, se marchó de allí en barca, a un sitio tranquilo y apartado. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos. Al desembarcar, vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos. Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle: «Estamos en despoblado y es muy tarde, despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer». Jesús les replicó: «No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer». Ellos le replicaron: «Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces». Les dijo: «Traédmelos». Mandó a la gente que se recostara en la hierba y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.